

# 1

Treinta años antes, Frederick Hallam era un radioquímico que acababa de publicar su tesis doctoral y que no daba ninguna muestra en absoluto de llegar a ser un fuera de serie.

Lo que comenzó la revolución a nivel mundial fue la polvorienta botella de reactivo con la etiqueta de «Metal de wolframio» que había encima de su escritorio. No era suya; jamás la había utilizado. Era el legado de un día remoto en el que un antiguo ocupante de la oficina había necesitado wolframio por algún motivo que se había perdido en el olvido mucho tiempo atrás. En realidad, ya ni siquiera era wolframio. No eran más que pequeños gránulos de algo que en ese momento tenía una gruesa capa de óxido, gris y llena de polvo. Inútil para cualquiera.

Y, un día, Hallam entró en el laboratorio (bueno, el 3 de octubre de 2070, para ser exactos), se puso a trabajar, se detuvo poco antes de las diez de la mañana, contempló con expresión trasfigurada la botella y la cogió. Estaba tan polvorienta como de costumbre y la etiqueta seguía igual de borrosa, pero él exclamó:

—¡Maldita sea! ¿Quién coño ha estado enredando con esto?

Al menos, eso fue lo que dijo Denison, que fue quien escuchó el comentario y quien se lo contó a Lamont una generación más tarde. La versión oficial del descubrimiento, según consta en los libros, omite la fraseología empleada. Al leerla, uno se imagina a un químico de ojos vivaces que se da cuenta del cambio y que, al instante, saca importantes conclusiones.

No fue así. Hallam no quería para nada el wolframio; para él no tenía ningún valor y que lo hubiesen tocado no podía importarle menos. No obstante, odiaba cualquier intromisión en su escritorio

(como tantos otros) y sospechaba que otros albergaban el deseo de llevar a cabo dicha intromisión por pura malicia

En aquel momento, nadie admitió saber nada del asunto. Benjamin Allan Denison, quien escuchó el comentario inicial, tenía su oficina justo al otro lado del pasillo, y ambas puertas estaban abiertas. Levantó la vista y se encontró con la mirada acusatoria de Hallam.

Hallam no le caía especialmente bien (a nadie le caía especialmente bien) y había dormido mal la noche anterior. Se sintió, tal y como recordó más tarde, bastante contento de tener a alguien con quien descargar su malhumor, y Hallam era el candidato perfecto.

Cuando este le colocó la botella delante de la cara, Denison se apartó con obvio desagrado.

—¿Por qué coño iba a interesarme su wolframio? —inquirió—. ¿Por qué iba a interesarle a nadie? Si le echa un vistazo a la botella, se dará cuenta de que no se ha abierto en veinte años; y si no le hubiera puesto sus asquerosas garras encima, habría notado que nadie la ha tocado.

Hallam fue sonrojándose lentamente a causa de la furia. A continuación, dijo de forma ahogada:

—Escuche, Denison, alguien ha cambiado su contenido. Esto no es wolframio.

Denison se permitió un pequeño pero inconfundible resoplido de desdén.

—¿Y cómo lo sabe usted?

Es a partir de cosas semejantes, a partir de insultos insignificantes y puyas sin sentido, como se escribe la Historia.

Habría sido un comentario desafortunado en cualquier caso. El expediente académico de Denison, tan reciente como el de Hallam, era mucho más impresionante y se le consideraba el «cerebrito» del departamento. Hallam lo sabía y, lo que era peor, Denison también lo sabía y no había duda de que ese «¿Y cómo lo sabe usted?», con un claro e inconfundible énfasis en el «usted», fue motivo más que suficiente para todo lo que ocurrió a continuación. Sin eso, Hallam jamás se habría convertido en el científico más grande y respetado de la Historia, para citar la frase exacta que pronunciaría Denison más tarde, durante su entrevista con Lamont.

Oficialmente, Hallam había llegado esa famosa mañana, había notado que los polvorientos gránulos grises habían desaparecido (que ni siquiera quedaba el polvo de la superficie interna) y que en su lugar había aparecido un metal del color del hierro. Por descontado, había comenzado a investigar...

No obstante, dejemos la versión oficial a un lado. La culpa fue de Denison. Si se hubiera conformado con una simple negativa o con un encogimiento de hombros, lo más probable es que Hallam les hubiese preguntado a los demás y, al final, desanimado ante lo inexplicable del enigma, hubiese dejado la botella a un lado, permitiendo así que la tragedia subsiguiente, ya fuera sutil o drástica (según cuánto se hubiera retrasado el descubrimiento), decidiera lo que debía deparar el destino. En cualquier caso, no habría sido Hallam quien cabalgara la ola hasta las alturas.

Debido al cáustico «¿Y cómo puede saberlo usted?», Hallam se había visto obligado a replicar con furia:

—Le demostraré que lo sé.

Después de eso, nadie habría podido evitar que llegara hasta el final. El análisis del metal que había en el antiguo recipiente se convirtió en su mayor prioridad, y su primer objetivo fue el de borrar la arrogancia del escuálido rostro de Denison y la perpetua expresión de desprecio de sus descoloridos labios.

Denison jamás olvidó aquel momento, ya que fue su propio comentario lo que condujo a Hallam hasta el Premio Nóbel y a él mismo hasta el olvido.

No tenía forma de saber (y, de haberlo sabido, entonces no le habría importado) que Hallam poseía una testarudez abrumadora; que estaba dotado con la patética necesidad de los mediocres de preservar su orgullo, algo que le haría llegar más lejos de lo que la inteligencia innata de Denison habría conseguido llegar jamás.

Hallam se puso manos a la obra sin perder un instante. Llevó el metal al departamento de espectrografía de masas. Era el paso más normal para un químico en radiación. Conocía a los técnicos de allí, había trabajado con ellos y era convincente. De hecho, fue convincente hasta tal extremo que el trabajo fue situado por delante de proyectos de mucha más urgencia y envergadura.

Al final, el espectógrafo de masas le comunicó:

—Bien, no es wolframio.

El rostro ancho y serio de Hallam se contrajo en una sonrisa desprovista de humor.

—De acuerdo, se lo diremos a Denison Cerebritito. Quiero un informe y...

—Espere un momento, doctor Hallam. Le he dicho que no es wolframio, pero eso no significa que sepa lo que es.

—¿Qué quiere decir con eso de que no sabe lo que es?

—Quiero decir que los resultados son absurdos. —El técnico meditó durante unos instantes—. Imposibles, a decir verdad. La relación entre carga y masa es ridícula.

—¿Cómo que ridícula?

—Demasiado alta. Es imposible.

—Bueno —dijo Hallam y, prescindiendo del motivo que lo había llevado hasta allí, su siguiente observación lo colocó en el camino del Premio Nóbel y, aunque bien podría argumentarse lo contrario, de forma merecida—, en ese caso averigüe la frecuencia de su radiación X y calcule la carga a partir de esos datos. No se limite a quedarse ahí sentado diciendo que es imposible.

Pocos días después, fue un técnico perplejo el que entró en el despacho de Hallam.

Este hizo caso omiso de la perplejidad que reflejaba el rostro del hombre —jamás fue una persona sensible— y dijo:

—¿Ha descubierto...? —En ese momento, su propio rostro reflejó una expresión preocupada al descubrir a Denison, sentado frente al escritorio de su propio laboratorio, y fue a cerrar la puerta—. ¿Ha descubierto la carga nuclear?

—Sí, pero está mal.

—Bueno, Tracy, pues vuelva a hacerlo.

—Lo he hecho una docena de veces. Está mal.

—Si siempre le ha dado el mismo resultado, es que es correcto; no discuta los hechos.

Tracy se frotó la oreja y dijo:

—Tengo que hacerlo, doctor. Si me tomo los resultados de la medida al pie de la letra, lo que usted me dio es plutonio-186.

—¿Plutonio-186? ¿Ha dicho «plutonio-186»?

—La carga es de +94 y la masa 186.

—Pero eso es imposible... Ese isótopo no existe. No puede ser.

—Eso es lo que le estoy diciendo. Sin embargo, esos son los resultados de las medidas.

—Pero una situación como esa dejaría el núcleo con cincuenta neutrones menos. No puede ser plutonio-186. No se pueden meter noventa y cuatro protones en un núcleo que solo tiene noventa y dos neutrones y esperar que permanezcan unidos ni siquiera durante la trillonésima parte de un segundo.

—Pues eso es lo que le estoy diciendo, doctor —dijo Tracy con paciencia.

Fue entonces cuando Hallam se paró a pensar. Lo que había perdido era wolframio y uno de sus isótopos, el wolframio-186, era estable. El wolframio-186 tenía setenta y cuatro protones y ciento doce neutrones en su núcleo. ¿Era posible que algo hubiese transformado esos veinte neutrones en veinte protones? Lo más probable era que no.

—¿Hay alguna señal de radiactividad? —preguntó Hallam, que esperaba algún indicio que le indicara una salida de aquel laberinto.

—Ya pensé en eso —replicó el técnico—. Es estable. Completamente estable.

—Entonces no puede ser plutonio-186.

—Eso es lo que le dicho desde un principio, doctor.

Desesperanzado, Hallam añadió:

—Bien, déme esa cosa.

A solas una vez más, se sentó y contempló la botella con estupefacción. El isótopo de plutonio más estable era el plutonio-240, en el que se precisaban ciento cuarenta y seis neutrones para mantener fusionados los noventa y cuatro protones en algo parecido a una estabilidad parcial.

¿Qué podía hacer a partir de entonces? Aquello lo superaba y se arrepentía de haberlo comenzado. Después de todo, tenía trabajo de verdad suplicando que lo llevara a cabo y todo aquel asunto —aquel enigma— no tenía nada que ver con él. Tracy debía de haber cometido algún estúpido error o quizá el espectrómetro estuviese averiado o...

Bueno, ¡qué más daba! ¡Sería mejor olvidar ese maldito asunto!

Sin embargo, Hallam no podía hacerlo. Tarde o temprano, Denison pasaría por allí y, con esa odiosa sonrisa torcida suya, le

preguntaría acerca del wolframio. ¿Y qué podría decir Hallam entonces? Podría decirle: «No es wolframio, tal y como te dije.»

Lo más probable es que Denison dijera entonces: «Vaya, ¿y entonces qué es?» y nada en el mundo lograría que Hallam se expusiera a la clase de escarnio que tendría lugar si afirmaba que era plutonio-186. Tenía que descubrir lo que era, y tenía que hacerlo él mismo. Estaba claro que no podía confiar en nadie.

De este modo, dos semanas después entró en el laboratorio de Tracy con lo que podría haberse descrito sin problemas como una furia de primera clase.

—Oiga, ¿no me dijo que esta sustancia no era radiactiva?

—¿Qué sustancia? —preguntó Tracy sin pensar antes de acordarse.

—La sustancia que usted llamó plutonio-186 —respondió Hallam.

—Ah, pues sí, era estable.

—Tan estable como su estado mental. Si usted afirma que esto no emite radiactividad, debería dedicarse a la fontanería.

Tracy frunció el ceño.

—De acuerdo, doctor. Pásemela y probemos de nuevo. —Y, acto seguido, añadió—: ¡Me cago en la leche! Sí que es radiactiva. No mucho, pero lo es. No puedo creerme que pasara esto por alto.

—Entonces, ¿cómo quiere que me trague esa gilipollez del plutonio-186?

A Hallam se le había atragantado aquel asunto. El enigma se había convertido en algo tan exasperante como una afrenta personal. Quienquiera que hubiese cambiando el frasco, o su contenido, debía de haberlo hecho de nuevo o haber ideado un nuevo metal con el único propósito de hacerle quedar como un tonto. En cualquiera de los casos, estaba dispuesto a poner el mundo patas arriba para resolver el problema, si tenía que hacerlo... y si podía.

Tenía su testarudez y una fuerza de voluntad que no se venía abajo con facilidad, de modo que acudió directamente a G. C. Kantrowitsch, que se encontraba en el último año de su asombrosa carrera. Fue difícil conseguir la colaboración de Kantrowitsch pero, una vez que aceptó, el asunto lo obsesionó con rapidez.

De hecho, dos días después entró en tromba en el despacho de Hallam, presa de la agitación.

—¿Ha tenido esta cosa en las manos?

—No mucho —respondió Hallam.

—Bien, pues no vuelva hacerlo; si tiene más, no la toque. Emite positrones.

—¿Cómo?

—Los positrones con el nivel de energía más alto que he visto jamás... Y sus cálculos acerca de la radiactividad son demasiado bajos.

—¿Demasiado bajos?

—Sin duda. Y lo que más me extraña es que, con cada medida que hago, parece aumentar un poco más.